

LA BIBLIA Y LAS CIENCIAS NATURALES

El campo científico se encuentra al presente dividido en dos corrientes que precipitadamente buscan predominar la una sobre la otra; son dos fuerzas que bajan a la lucha de las ideas y se infiltran en todas las manifestaciones de la vida intelectual; son dos ejércitos empeñados en el triunfo de su bandera respectiva. El uno lleva escrito en los pliegues de la bandera que lo cubre "materialismo", el otro se cobija en la sombra de la insignia fecunda del "espiritualismo". Espiritualistas y materialistas; he aquí clasificadas las dos fuerzas que invaden y dominan hoy el mundo de las ideas.

El materialismo manifiéstase en todos los órdenes: en filosofía, en literatura, en las artes y en las ciencias positivo experimentales. El aparece proclamando la existencia de lo que se ve, se toca, se analiza y se mide; cerrando los ojos de la inteligencia a todo lo trascendental como a todo lo que está colocado detrás de los seres visibles y materiales. "Más allá de lo que se vé, dicen, está el misterio, lo desconocido, que no debemos indagar ni preocuparnos de su causa ni de su existencia; no lo conocemos ni queremos tampoco conocerlo".

Introducido en la ciencia desde el siglo XVI, ha ido divulgando sus negaciones positivas del orden espiritual; desconociendo la fuerza ingénita de los principios metafísicos y renegando de los encantos y bellezas que se abren en la región de las ideas.

En nuestros tiempos y encarnado en las teorías de Vogt, repite, en lo que a nuestro asunto se refiere: “Dios es la valla que retrocede a medida que la ciencia avanza”. El alma y la inmortalidad, son palabras vacías de sentido; palabras cuya realidad ha desaparecido ante el avance triunfal de las ciencias.

El grupo materialista trabaja con ardiente proselitismo para la difusión de sus principios cuyas enseñanzas bajan desde todas las cátedras y resuenan en todas las tribunas, anunciando el fracaso del espiritualismo, aplastado por el avance de las nuevas ideas y ofuscados por la luz esplendorosa de la ciencia nueva.

El espiritualismo llega también triunfante a nuestros días, trayéndonos las luchas y las victorias de las grandes ideas de lo sobrenatural. Bajo sus banderas se han despejado las nubes levantadas por el materialismo; no siendo exacto el fracaso que la ciencia positiva y empírica proclaman, ni mucho menos, que su luz haya extinguido la luz de la fe religiosa y de la inmortalidad de los destinos humanos; ha levantado un nuevo monumento a los grandes ideales afianzando y sosteniendo el edificio incommovible de las verdades sobrehumanas. En el campo científico se observan hoy fuertes corrientes espiritualistas; va reproduciéndose este espiritualismo en todos los órdenes del conocimiento y aparece levantando las almas en la literatura y en el arte, en la poesía y en la música, en la ciencia y en las disquisiciones metafísicas.

He aquí los dos grupos; los dos ejércitos en lucha. ¿De quién será el triunfo? Habréis comprendido mi pensamiento de concretar en el espiritualismo las enseñanzas de la Biblia, mientras que el materialismo representa las afirmaciones de la ciencia nueva, en el pretendido conflicto con la Biblia. Habreis comprendido en estos términos que el triunfo del espiritualismo ha sido, es y será en el futuro y siempre el triunfo de la verdad; y que sin titubear podemos proclamar el concordismo, como han venido proclamándolo los altos representantes del pensamiento,

los obreros de la ciencia empeñados en corroborar la unión y en constatar la armonía entre la Biblia y la ciencia.

Expondré la verdad de estas dos entidades, patetizando que ni la Biblia se opone a las ciencias naturales ni que las ciencias naturales pueden oponerse a la Biblia; que cualquier conflicto u oposición que quiera suponerse serán ellos necesariamente aparentes, sin responder a la realidad en ningún caso. Sea pues nuestra tesis: La Biblia no contradice a las ciencias naturales ni las ciencias naturales a la Biblia.

*
* *

Es oportuno antes de exponer los argumentos que comprueben la presente tesis consignar ciertos prenotandos que sirven de aclaración y mejor inteligencia del asunto.

Al hablar de la Biblia como fuente de conocimientos no pretendemos afirmar que la Biblia sea un tratado de ciencia natural, ni menos que su misión, su espíritu y su índole sea la de enseñar a los hombres verdades del orden físico natural. Divinamente inspirada, la Biblia tiene por misión aleccionar a los hombres en las verdades sobrenaturales de la fe, abrirles el camino para la realización de sus destinos inmortales; y si en esto encuentra de paso verdades del orden natural, las enuncia y explica en sus líneas generales y en sus principios abstractos, dejando para la investigación directa de la ciencia el cúmulo inmenso de los detalles y de las particularidades. Y es en este concepto en que defendemos que la Biblia no es opuesta ni contradice a las ciencias naturales ni que éstas a su vez se opongan a ella. Al hablar de las ciencias no significamos ni pretendemos hablar de los diversos representantes de la misma, porque siempre ha sido un error confundir a la ciencia con sus cultivadores y representantes; hablamos de las ciencias naturales que basadas en principios y en observaciones fijas, llegan a conclusiones definidas. Y de estas conclusiones afirmamos que ellas no están ni pue-

den estar en oposición a las enseñanzas de la Biblia. Los cultivadores de la ciencia han pretendido y se afanan al presente para colocar la una frente a la otra, como dos enemigas en lucha; mientras tanto no han presentado ni presentan, fuera de sus hipótesis y teorías, datos y hechos terminantes que comprueben su aserto. Pretenden hablarnos de la incoherencia del lenguaje bíblico, sin advertir que la Biblia, como documento popular, no pudo tener y habría sido un error el tener un lenguaje didáctico en el sentido científico, adaptado a la terminología científica de nuestros tiempos. La Biblia es para el pueblo y su lenguaje necesariamente debe ser popular para que sea entendido por todas las generaciones pasadas, presentes y venideras sin hacer referencia a las teorías científicas y a los términos con que éstas se presentan.

Es un hecho digno de consideración el que los representantes de las ciencias modernas sólo impugnan a la Biblia como libro religioso, olvidando tantos otros libros sagrados de los distintos pueblos antiguos; tantas cosmogonías que nos hablan de los orígenes de los seres y de la divinidad que los produce y los conserva. ¿Por qué solamente han de impugnar a la Biblia? Porque nos dicen, la Biblia está saturada de sobrenatural, está llena de misterios, nos envuelve en un atmósfera incognoscible que la ciencia no puede admitir y que las investigaciones han derribado en tierra. Sin embargo, todos los libros sagrados de la antigüedad, todos los códices de las religiones disidentes están llenos de esa misma atmósfera de sobrenatural, de milagros, de profecías, de misterios sin que contra ellos se levante este clamoreo de la ciencia. No será acaso cierto de que una vez más se realiza la sentencia del poeta: *la verdad engendra oposición y odio?* Así lo creemos. Representada la verdad en la Biblia, son sus enemigos todos aquellos que cierran las pupilas al sol resplandeciente de la verdad; son sus amigos los hombres de ciencia, las inteligencias honradas y de altísima cultura que en la sinceridad de sus investigaciones han encontrado esa luz y se han postrado ante

ella para proclamarla la única luz que ilumina los graves problemas del pensamiento y las graves cuestiones de la ciencia.

La ciencia es la alta y la noble manifestación del pensamiento, la actividad de todas las energías del alma empeñadas en descubrir lo que es, en conocer la realidad de las cosas, sin prejuicios, sin limitaciones y sin sentimientos preconcebidos; y esta ciencia no declara la oposición y la incompatibilidad entre sus investigaciones y la Biblia, al contrario, ella proclama la perfecta armonía, la unión íntima e indeleble entre las enseñanzas de la una y las disquisiciones de la otra. La Biblia y la Ciencia, dos entidades que se completan y se armonizan mutuamente, representando ambas una sola cosa: la verdad de Dios que la una encuentra observando la naturaleza y la otra, en el texto inspirado y santo.

Tras estas aclaraciones entremos en la comprobación de nuestra tesis, dividiendo los argumentos en generales y en particulares. Los argumentos generales servirán para establecer en forma apriorística la imposibilidad de los conflictos que se predicán entre la ciencia y la fe, mientras que los segundos nos llevarán al convencimiento de la unión y armonía existentes entre ambas entidades.

ARGUMENTOS GENERALES

El origen de los seres.

1°. Las ciencias positivas y experimentales en el noble afán de sus investigaciones no han podido ni pueden comprobar los orígenes de las cosas, pues es una verdad aquella que los orígenes de los seres no se da a experimentación. Y cómo había de darse a experimentación si están colocados fuera del alcance de toda observación? Si están puestos más allá de la realidad existente? Si ellos aún no son? Sobre los orígenes de las cosas no tenemos más datos y no podemos tener más que los que la Biblia

nos enseña. Es pues la Biblia el único libro autorizado, el único conocimiento y datos verdadero que nos habla de los orígenes de las cosas. Suprimida la Biblia quedaríamos en la más completa ignorancia sobre estas cuestiones trascendentales y la ciencia no sabría el *a b c* del génesis de las cosas. Sería el *ignoramus et ignorabimus* del filósofo naturalista, que confesó esta impotencia de la ciencia.

Así lo han reconocido a la par de Wett, Laplace y Littré. El primero, al hablarnos de la exposición de su célebre teoría de la formación celeste, nos dice, que sobre el principio de *la nebulosa, sobre los átomos que la constituyen y la materia y el origen de la materia, nada ha podido saber ni podrá tampoco descubrirse en el futuro*; el segundo afirma que el origen y génesis de los seres *es a la ciencia completamente misterioso* y que en vano serán los esfuerzos que hagan para descubrirlos. Leibnitz, por su parte, declara, sin hesitación, que es este uno de los misterios que la ciencia se encuentra obligada a admitir, aunque tenga por ello que confesar su impotencia. Ved cómo es cierto que las ciencias experimentales nada podrán descubrirnos sobre estos asuntos de trascendental importancia ni hablarnos sino hipotéticamente, vale decir, por conjeturas y supuestos, sobre nuestro origen y el origen de las especies existentes. Sin duda que Brunetiere tenía razón al afirmar la bancarrota de la ciencia y Max Nordau la tenía también al adherir a esta afirmación de Brunetiere, diciendo “que a pesar de las declamaciones de nuestros sabios modernos, las ciencias quedan envueltas en el misterio sobre una infinidad de problemas cuya solución es necesario conocerse”. Mal puede, pues, el materialismo basarse en hechos para demostrar que las afirmaciones de la Biblia sobre estos asuntos no son verdícas, ni mucho menos que ellas estén en oposición manifiesta con las investigaciones de las ciencias modernas.

*
* *

2°. Toda conclusión científica debe ser comprobada, como todo fenómeno debe constatarse pertenecer a una ley y no ser una resultante de combinaciones casuales. Este es un principio racional que rige todo método científico experimental y positivo, y es este principio el que vale en nuestro caso y nos enseña que ni siquiera *a priori* las ciencias naturales han podido encontrar oposición en las enseñanzas de la Biblia.

Es verdad, hay sistemas, hay hipótesis infinitas forjadas en la imaginación de los estudiosos, combinaciones de leyes y métodos experimentales que aspiran a dar soluciones a muchas de nuestras cuestiones; pero éstas no tienen más valor que la sutileza y el ingenio de sus autores como aquellas no tienen más fuerza que la que pueda atribuirle una conjetura, una hipótesis, un supuesto más o menos racional, más o menos prudente y admisible. Y ni la una ni la otra puede traerse al campo de la discusión científica como norma, como método, como principio de investigación.

Y se corrobora esta nuestra tesis cuando pensamos que estos sistemas e hipótesis ni aún son confirmados por la experimentación, y presenciamos diariamente como se mudan, como se transforman, se olvidan y se rechazan por los mismos que los levantaron o por sus discípulos; cuando a la par de estas afirmaciones se levantan otras afirmaciones contrarias y opuestas en nombre igualmente de las ciencias experimentales, de la filosofía y de la crítica; cuando vemos que cada sistema suscita no solo una oposición sino un sistema contrario, y una afirmación de la ciencia arranca otra afirmación opuesta en nombre igualmente de la ciencia y del pensamiento. Así, a la par de las hipótesis y de las afirmaciones que declaran conflictos y oposiciones entre la ciencia y la fe se levantan las que niegan esa oposición

y esos conflictos, y afirman la más completa armonía en las enseñanzas de una y otra.

¿Cómo, pues, podemos con criterio científico y en nombre de la libertad científica sostener que la Biblia se encuentra en oposición con las ciencias naturales o que las ciencias naturales en oposición con las afirmaciones de la Biblia? ¿Cómo poder invocar los descubrimientos y los fenómenos que se dicen comprobados por la ciencia, para lanzarlos en contra de las afirmaciones terminantes y claras de la Biblia? Indudablemente, no hay sinceridad y honradez en los seguidores de este método como no la hay en los divulgadores de los conflictos entre las dos entidades. No me sería difícil presentar ante vosotros el catálogo inmenso de sabios naturalistas, geólogos, paleontólogos y físicos que levantan su voz y su afirmación contra las voces y las afirmaciones del otro grupo, también importante de sabios, que nos hablan en nombre de la misma ciencia. ¿Por qué, pues, hemos de admitir la tesis de la oposición entre la ciencia y la fe, cuando entre los mismos hombres de ciencia no hay uniformidad ni concordancia de opinión sobre el mismo asunto? ¿Por qué se establece como una tesis *definida y racional* la pretendida divergencia y la oposición de las dos fuentes de conocimientos? Indudablemente hay exageración, por no atribuir prejuicios y sentimientos preconcebidos a los que proponen y enseñan, con la palabra escrita y hablada, la tesis de la oposición. Pero, en todo caso, es esto efecto de ignorancia, quiero decir ignorancia del alcance, del sentido de las afirmaciones de la Biblia en los hombres representantes de las ciencias naturales o también ignorancia del sentido y del alcance de las leyes de las ciencias, en los hombres representantes de las enseñanzas bíblicas. Es muy justo el precepto que como norma nos propone la Iglesia, siempre prudente en sus resoluciones, de que en presencia de un supuesto conflicto hemos de creer: o que los sabios naturalistas se han exlralimitado, o que los teólogos no han penetrado y escudriña-

do el sentido de la Biblia o que los hechos aducidos no son del todo comprobados ni perfectamente referidos.

ARGUMENTOS PARTICULARES

Después de estas consideraciones generales bajemos a los argumentos particulares de nuestra tesis, concretándolos a las afirmaciones de la Biblia en el primer capítulo del Génesis que nos habla de los orígenes de los seres y del origen del hombre.

Es grandiosa la introducción con que Moisés inicia su exposición cosmogónica. En ella realiza un proceso lógico, colocando en el primer verso la premisa principal, para deducir en el desarrollo de los siguientes la formación completa del Universo.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. En este verso se encuentran como en gérmen dos verdades, que son las que el autor quiere inculcar a los hebreos primero y a la Humanidad, después: la unidad de Dios y la creación del mundo y del hombre por Dios. Pues bien, estas dos verdades son dos conclusiones de las ciencias naturales y positivas.

Se ha hablado y se ha escrito demasiado contra la existencia de Dios. Es la ciencia nueva la que se ha esforzado soberanamente para llegar a la conclusión de la falsedad de la existencia de Dios y contrariando su pretensión ha llegado precisamente a comprobar lo contrario, esto es, la necesidad de admitir la existencia de un ser soberano y omnipotente, como autor y creador de los seres. En corroboración de este aserto no traeré los argumentos históricos, morales, psicológicos y sociales, que comprueban con claridad meridiana la existencia de Dios. Sencillamente buscaré las afirmaciones y las teorías científicas del presente, para decir, que las ciencias positivas han llegado a la necesidad de admitir ese dogma. Para ello, y no siendo posible estudiar todos los fenómenos que nos traen a esta conclusión, ni analizar todas las hipótesis y teorías de las ciencias, llamare-

mos a la discusión solo a dos fenómenos y a dos teorías que creo suficientes para hacer la luz en nuestro propósito: el origen de la materia y de la vida y la transformación de los seres.

ORIGEN DE LA MATERIA

1°.—Desde muy atrás se pierde el pensamiento en la teoría de la eternidad de la materia. Los filósofos paganos, los alejandrinos, los egipcios y los asirios, tejieron grandes leyendas que sirvieron a la inspiración de los poetas para cantar la eternidad y la incorruptibilidad de la materia. Estas teorías han venido sucediéndose y los hombres representantes de las ciencias naturales, desde el siglo del Renacimiento en que la Enciclopedia divulgara todas las máximas de un filosofismo materialista hasta el nuestro, han repetido aquella sentencia de filosofía y aquellos versos de poetas. En el campo científico natural, nadie dudaba ya de la eternidad de la materia y a esta eternidad unía la formación de los mundos y de los seres, como una evolución de la misma, como fenómeno diverso y manifiesta distinta de las energías que la materia encierra en su esencia. Así han explicado la formación de las especies y la constitución de los seres, la organización del Universo. Es la materia, desarrollándose en infinita variedad, evoluciona y presenta innumerables facetas de su ser; poniendo como principio fundamental en las ciencias que nada se crea ni se aniquila en la naturaleza sino que todo se transforma y se conserva. He aquí que la observación llega y lo que tenía como un axioma fué declarado inconsistente y fracasado, al constatar que la materia y la energía se degrada, vale decir, se pierde o se desgasta paulatina pero eficazmente. Meyer comprobó esta ley de la degradación de la energía; desde entonces la teoría de la eternidad de la materia es una teoría destruída y derribada por la ciencia misma; una teoría fracasada. Y Picard, en su obra "La ciencia moderna y su estado actual", pudo de-

decir: “La termodinámica no se opone a la idea de que el universo marche en un sentido determinado en el que las energías utilizables se van gastando incesantemente”. Y Guibert pudo afirmar que “el mundo es un péndulo en oscilación que tiende al reposo pero puesto que tiende al reposo sin que todavía haya llegado a él, estamos en el derecho de concluir que las oscilaciones en determinado tiempo, perfectamente calculable para un verdadero genio matemático, han de cesar”.

De estos datos, argumentamos: Lo que tiene fin necesariamente hubo de tener principio, porque al eternidad es lo que carece de fin porque carece de principio. Luego, si la materia necesariamente llegará al desgaste total en un término más o menos prolongado y lejano, necesariamente hubo de tener principio. Ahora bien, lo que tiene principio reclama una causa que le dé el ser y la actuación: luego, la materia reclama una causa que le dé existencia. ¿Cuál es esa causa que da vida a la materia, le imprime energías y movimientos? Cualquiera que sea el nombre con que la ciencia la designe, siempre esa causa será la causa creadora, la causa omnipotente y eterna, que nosotros llamamos Dios. A esta conclusión llega la ciencia, y he aquí que apenas diferimos en el nombre, puesto que el nombre de Dios suena a ignorancia y atraso para los hombres de ciencia, aunque realmente representa él un ser necesariamente creador y eterno que las ciencias naturales han descubierto es necesario que exista.

Y aquí quiero citar las apreciaciones de Florentino Ameghino, lamentando que tenga que recordar de este sabio precisamente en este asunto en que no me es posible hacerle elogio, porque sus teorías sobre la eternidad de la materia no son laudables; y digo que lamento, porque en otras cuestiones, en otros puntos de ciencia geológicas y paleontológicas podría hablar elogiosa y laudablemente de Ameghino, mientras que véome obligado a decir que las apreciaciones del sabio son incoherentes y absurdas. En efecto: Ameghino sostiene la eternidad de la materia y el espacio infinito para negar la idea de Dios como ser

eterno e infinito. Dice que Dios no existe, no puede existir tal como la Biblia lo concibe, esto es: infinito, eterno y ordenador del Universo, porque sólo la materia es eterna y sólo el espacio es infinito. “La coexistencia de dos infinitos inmateriales al mismo tiempo es imposible. Es un contrasentido. Uno de ellos no existe, es superfluo e innecesario. Lo único inmaterial que existe es el infinito “espacio”. No puede, pues, existir el infinito Dios. El espacio ha existido siempre y siempre existirá. Absolutamente lo mismo que la materia. Y no puede haber nada superior ni al uno ni a la otra”. Esta afirmación de Ameghino encierra un absurdo filosófico.

Es cierto que la coexistencia de dos seres infinitos es antirracional; como es cierto que estos dos seres infinitos que Ameghino propone, Dios y la materia, mutuamente se destruyen, siendo términos opuestos y contradictorios. Dios es el ser, la materia es la Nada en su origen y en su finalidad; Dios es el acto, la materia es apenas la potencia. Dios es eterno e infinito; el ser *a se* y *per se*; esto es: que existe por necesidad de su propia esencia y relativamente a nosotros, reclamado por la existencia del universo y por la constitución psíquica del hombre. Mientras que la materia apenas si es un efecto de la acción creadora; una manifestación de la divina omnipotencia. Ella, por su constitución intrínseca, necesariamente es temporánea y transitoria, limitada y circunscripta; esto es esencialmente opuesto a todo lo que constituye lo infinito y lo eterno. Ella se mide, se divide, se palpa porque es extensa y es divisible, por consiguiente caduca y destructible. ¿Cómo, pues, puédesele atribuir los atributos, las cualidades y las perfecciones propias de un ser Infinito, Indivisible, Espiritual y Eterno? ¿Cómo puede cohonestarse la afirmación de Ameghino, que niega al ser supremo los atributos que le son propios para atribuírselos a la materia que los rechaza por estar en oposición con su misma constitución intrínseca? Indudablemente hay una tergiversación de conceptos por parte de Ameghino, una confusión lamentable de ideas: negando a

Dios lo que le es propio y dando a la materia lo que le es impropio y opuesto.

Por otra parte, Ameghino, niega la infinitud y la eternidad de Dios por ser estos atributos metafísicos, entendiendo por este concepto “todo aquello que no se comprende”; y en efecto: —agrega— “nada hay, por consecuencia tan metafísico como la noción de Dios y de sus atributos puesto que todo ello es lo más incomprensible”. Tras esta afirmación, prosigue: “La noción de Dios se disipa ante la concepción mucho más grandiosa, a la par que real y positiva, de la eternidad de la infinita materia, en movimiento infinito que llena el infinito espacio”. He aquí como incurre en lamentable y arbitraria confusión: la eternidad de lo infinito puede predicar de la materia, y esto no es absurdo; predicado de Dios, se convierte ya en absurdo y en lamentable error!

La exposición hecha anteriormente sobre el principio y el fin de la materia, nos muestran que esta no es ni puede ser eterna. Pues bien, Ameghino, con todo el caudal de su experimentación, llevado por una falsa concepción de la materia, no sólo la supone eterna, sino que la predica increada e increable, llamando paradójico al pensamiento que le señala la finalidad y la destrucción, y así dice: “En el supuesto paradójico de que exista un ser supremo tan poderoso como se quiera, admítase el gran disparate que puede haber creado “la materia”. Si la creó también podría destruirla. El que puede lo más, puede lo menos. (en esto estamos perfectamente de acuerdo; estas afirmaciones son eminentemente filosóficas). Admítase, pues, también la herejía— y no es otra cosa— de que un buen día en que Dios se encuentre de mal humor, puede asimismo reducir a la nada a la “materia”. ¿Qué quedaría entonces? La “nada”; el vacío; pero en realidad el espacio, que es indestructible, porque así es y porque es absurdo imaginar que pueda ser de otro modo... ¡El “espacio”, siempre, el “espacio”, en todas partes el “espacio”! Y es claro que si Dios no puede reducir a la nada el “espacio”, no es Dios,

porque entonces no es omnipotente". Estas afirmaciones se refutan por si mismo. Qué argumento positivo, experimental o filosófico aduce Ameghino en comprobación de estas sus ideas? Ninguno. En su exposición, escrita con el título "Noción de Dios y noción de espacio" para un número único a editarse por la Biblioteca de Chivilcoy, y que el compilador de sus obras acaba de entregar a la publicidad, pone, con la asombrosa ingenuidad de un niño, la razón siguiente: "porque asi es y asi debe ser", "porque es imposible que sea de otro modo"; "porque no podemos concebir a la materia y al espacio sino como eterna aquella, y como infinito este". ¡Son estas las razones en las que ha aspirado a fundamentar toda su oposición materialista y atea, invocando —¡Quién lo creyera!— el nombre de la ciencia!!

Por eso sentía el tener que citar a Ameghino en este punto, en el cual no es posible hablar elogiosa y laudatoriamente de un hombre que se muestra tan lleno de prejuicios, tan incoherente y absurdo. Ameghino puédesse citar como un ejemplo de laboriosidad, de contracción y de estudio, puédesse presentar como un modelo de aplicación y de constancia, como un hombre, en fin, de investigación y de experimentación científicas, como un obrero en el campo de las ciencias naturales, pero no como un filósofo ni como autor de sistema alguno de ciencias positivas ni menos de teorías nuevas.

La eternidad de la materia es ya una teoría demasiado gastada para ser defendida al presente; las ciencias naturales la han juzgado entregándola al olvido de los sistemas que pasaron. Sobre esta teoría ha permanecido firme la noción de Dios y la afirmación de la Biblia, al señalar el origen de la materia en el acto de la creación. Es verdad, ha sido arma poderosa en manos de los disidentes para combatir en nombre de las ciencias positivas las enseñanzas categóricas de Moisés, pero esta arma háse roto en sus manos y se encuentra hoy condenada por las mismas ciencias que la formaron. Ellas han llegado a esta conclusión: La materia tuvo principio y tendrá fin; esto es: fué hecha. La filosofía

avanza un paso más y dice: luego hubo una causa creadora, eterna y suprema. Esta causa llámase Dios.

*
* *

EL ORIGEN DE LA VIDA

2°. La Vida, he aquí otro ejemplo de algo que ha tenido principio, dice Guibert. Es un hecho innegable, que se ofrece a la simple contemplación del universo, que la vida ha tenido principio. Luego, hubo tiempo en que la vida no era, consiguientemente, debió ser hecha por una causa preexistente a ella; esto es lo que la Biblia afirma y lo que la ciencia constata.

¿Cómo empezó la vida? Los datos que las ciencias naturales nos suministran nos llevan a las conclusiones siguientes: Primero: que la vida no existió siempre. Segundo, que ella no es producto de ninguna materia inorgánica, no puede atribuirse a ninguna fuerza inherente de la naturaleza ni a ninguna combinación físico-química.

Estudiaremos separadamente estas dos conclusiones para terminar invocando la necesidad de una causa preexistente y suprema que diera origen a la vida.

Primero: Las ciencias naturales en sus manifestaciones más activas como en sus descubrimientos y datos más recientes, nos aseguran que la vida no siempre ha existido sobre la tierra. La geología, que nos presenta la historia del globo terrestre escrita en los estratos de su corteza cual si fueran las inmensas hojas de un libro, nos convida a leer los pasos de la vida humana. Empieza por la superficie mostrándonosla plena y en perfecto desarrollo en los terrenos cuaternarios, sigue haciéndonosla palpar casi de manera imperceptible en los terciarios y baja a mostrarnos la vida animal en su desarrollo vigoroso en los terrenos se-

cundarios, para señalárnosla en estado más rudimentario en la época primaria. Son estas capas superpuestas las que contienen los gérmenes de la vida; la única manera como han podido enviar hasta nosotros el recuerdo de su existencia. Más allá de las capas primitivas está la materia informe que evoluciona, que se organiza para formar el universo y cuya constitución y estado anterior excluye la posibilidad de la vida. Allí se advierten rocas cristalinas sin vestigio alguno de vida, no porque el tiempo los haya borrado sino porque de hecho no existía ni pudo existir viviente alguno. Su constitución, la composición de la misma, dado el estado de la tierra en aquella época, eran incompatibles con la vida. A esta conclusión llega la geogonía al describirnos los períodos de nebulosa y los de incandescencia; al decirnos que la masa de nuestro planeta se encontraba en una fusión ígnea que alcanzaba a más de tres mil grados de temperatura, rodeada por una atmósfera que contenía en estado de vapor todas las aguas que forman los océanos actuales. Sobre esa tierra ardiente y esa atmósfera tan abrasadora, ¿acaso era posible la vida? Los elementos líquidos se disocian a una temperatura de seiscientos grados más o menos y las moléculas de los cuerpos organizados no pueden mantener su vida ya en esa fusión; la vida se desorganiza, necesariamente se destruye en esas condiciones. ¿Cómo, pues, es posible admitir que en esos períodos caóticos pudiera conservarse y alimentarse la vida?

Indudablemente, las ciencias naturales han venido a comprobarnos, con estas teorías, que la vida no fué siempre, no existió en esa atmósfera en la cual aún en el supuesto de que hubiesen gérmenes fecundantes, combinaciones físico-químicas, esos gérmenes serían destruídos y disociados en los elementos químicos del estado gaseoso.

Nuestro globo, dice Ampère, estaba perfectamente esterilizado, semejante a una tumba sin un germen, sin una fermentación, sólo compuesto de materiales inorgánicos y minerales. Ante esta conclusión, Thompson, desesperadamente recurre al

supuesto, tan fantástico como falso, de que algún germen viviente cayera de otro mundo destruído en los espacios celestes; pero este otro mundo, según la teoría cosmogónica moderna, tuvo también, como el nuestro, que pasar por el fuego ardiente y esterilizarse completamente. Por otra parte es de todo punto arbitraria la hipótesis, puesto que fuera de ese caso único, no nos ha venido después, de otro mundo, ninguno de estos gérmenes maravillosos y fecundantes de vida.

Además si creemos, dice Guibert, las hipótesis cosmogónicas más en boga entre los sabios, debemos admitir que la tierra se formó mediante cierta evolución física de una nebulosa solar; ahora bien, en esta masa primitiva los elementos durante su estado de dispersión ocupaban un espacio infinito no logrando combinarse y constituir las moléculas de los cuerpos mixtos sino a medida que la condensación de la materia nebular iba elevando más y más la temperatura a fin de que las afinidades recíprocas pudieran ejercitar sus fuerzas y constituir los cuerpos compuestos. Quién no vé que entonces era imposible, no digo ya la existencia del más rudimentario viviente sino aún la de cualquier germen por elemental que se le suponga?

He aquí la conclusión a que nos traen las ciencias naturales, a saber: que en el mundo la vida ha debido tener principio, vale decir una causa preexistente y poderosa que la creara.

Segundo: La vida no se produce por *generación espontánea*.

La generación espontánea es otra teoría ilusoria y relegada al presente al número de teorías fracasadas. Es evidente que la naturaleza no tiene fuerza capaz de producir por si misma, sin el auxilio de otra fuerza extraña, la vida. Contrariamente no se podría comprender por qué esas fuerzas no hayan de existir ahora y realizar idénticos efectos, sabiéndose, como es lógico, que las fuerzas de la naturaleza conservan las mismas aptitudes y producen espontáneamente los mismos efectos... Por esto, y aún en el caso de que no tuviéramos argumentos positivos en contra de la generación espontánea, nos bastaría esta razón para juzgar-

la y afirmar que su origen no procede de las fuerzas físico-químicas, no nace sin germen anterior de la misma especie.

La generación espontánea es un viejo prejuicio, renovado en estos tiempos. Aristóteles y Virgilio lo divulgaron entre los antiguos; Van Helmont, en la edad del Renacimiento. Redi en el siglo XVII y Spalanzani en el siglo XVIII refutaron brillantemente esas teorías. Más tarde Pouchet y Fremy en el siglo XIX predicaron las mismas ideas con el mismo entusiasmo del siglo XVI, hasta que Pasteur y Tyndall con sus famosos experimentos comprobaron el principio que ha pasado a ser como ley en las ciencias experimentales, de que la vida solo procede de la vida: *omne vivum ex vivo*. Posteriormente háñse ensayado hipótesis, teorías y experimentos para contradecir esta verdad lógica, pero todos ellos han dado resultado negativo. Así “*las bacterias*” de Herrera, concreciones microscópicas realizadas con alcohol y silicato de sodio, no perseveran y viven, porque no se alimentan por generación; las “*células vivientes*”, de Burke, sales radioactivas, no han sido más que apariencias de formas vivientes, explicadas luego perfectamente por las burbujas de gas que resultan de la descomposición del agua bajo la influencia del *medium*, como lo comprobara Falton.

La invención del *Bathybius Haeckelii* produjo mucho entusiasmo entre los partidarios de la generación espontánea, los que se creyeron ya en posesión del secreto de la vida. Hiciéronse pomposas descripciones y el *bathybius* entró a formar parte de las enseñanzas de cátedra; hízose de él un arma contra las afirmaciones de la Biblia y empezó a proclamarse que en definitiva habíase descubierto la gran ley de la generación. Pero, convirtiéndose en humillación la gloria de estos pretendidos sabios al comprobarse luego que el *bathybius*, encontrado en el seno del mar, no era sino un precipitado mineral y un poco de sulfato de calcio.

Más luego, otros descubrimientos llamaron también la atención del mundo científico. El de M. Leduc mantuvo sin embargo muy poco el entusiasmo de los sabios al constatarse en seguida

que todos los fenómenos observados pertenecían al grupo de los clasificados en física con el nombre muy conocido de ósmosis, y ya D'Arsonval catalogólos de "parodia de la vida" y Bounier los dijo: "buenos tan sólo para un escaparate de farmacia". Fracasaron pues los últimos y más ponderados descubrimientos de los sabios naturalistas que aspiraban a patentizar la generación espontánea, para colocarla como origen de la vida, en contraposición a las enseñanzas de la Biblia.

La biología, con sus más variados e ingeniosos procedimientos, ha puesto en claro esta tesis: "que la vida viene de la vida", como afirma Ardisson, y que las fuerzas de la naturaleza orgánica no pueden hacer nacer otras que cosas inorgánicas. Y, según afirma el célebre Liebig, hasta el presente se ha dado el resultado contrario al buscar una criatura viviente de otra no viviente, lo que, según Darwin, "es para nosotros absolutamente incomprendible", y por último, observa Virchow, "no se conoce un solo hecho positivo el cual confirme que una masa inorgánica hállese transformado en otra organizada". Estas son las afirmaciones de las ciencias positivas, las últimas conclusiones de la experimentación y que, como decía el citado Virchow, hablando del más noble de los pretendidos descubrimientos modernos, o sea el *bathybius*: "Nosotros los dotos y materialistas, habríamos acariciado una preferencia por la generación espontánea, pero ay! si hubiésemos tenido siquiera una sola demostración, por pequeña que ella fuese... pero con el *bathybius* ha desaparecido para siempre la esperanza de una demostración".

Después de estas confesiones la única causa racional de la vida, es clara. Ella es la indicada en la sagrada Biblia: que Dios produjo la vida como creó el universo.

Si pues estos dos fenómenos, la materia y la vida, nos hablan de la necesidad de una causa para ser producidos, necesariamente la lógica del raciocinio nos lleva a concluir que esta causa debe ser exterior, fuera del círculo mismo de la materia y de la vida del universo; esta causa es la que nos señala tan cierta y

racionalmente Moisés en el capítulo primero del Génesis, al decirnos que Dios creó al mundo y a la vida. El Génesis, pues, no está en oposición a las conclusiones experimentales de las ciencias naturales, sino que éstas confirman plenamente aquellas afirmaciones; no son dos tesis antagónicas, sino más bien una tesis y su desarrollo; la tesis está representada en la Biblia, el desarrollo en las ciencias naturales. Quiero decir, que mientras Moisés expone el principio fundamental del origen de los seres, la ciencia desarrolla en detalles y en combinaciones múltiples ese principio divinamente inspirado.

*
* *

COMPROBACIONES POSITIVAS DE LAS CIENCIAS

Adelantemos un paso más y pasemos a otro argumento sobre el mismo asunto. Toda afirmación que se encuentra consignada en la cosmogonía mosaica está confirmada por las hipótesis y las teorías científicas modernas; no parece sino que fuese un sólo idéntico tratado propuesto con distintos términos. Es verdad, las consecuencias de las ciencias naturales son deducidas de hipótesis, pero estas hipótesis forman la última investigación a que ha llegado el progreso científico experimental y no podemos sino reproducirlas como la expresión genuina del último esfuerzo del pensamiento humano. Estas hipótesis son muchas y muy diversas y grandiosas y magníficas; entre ellas la concepción científica de la nebulosa primitiva gérmen y embrión de todo lo creado, nacida en la mente de Descartes y adoptada por Kant y Herschell, formulada científicamente más tarde por Laplace y que creemos aún no haber llegado ella a su más completa perfección siendo susceptible aún de acercarse cada vez más a la realidad de las cosas. Ella se refiere al origen de todo el universo, al globo

que hoy habitamos y a los globos esparcidos en el inmenso espacio, los que al principio no eran sino gérmenes contenidos en la nebulosa cósmica extendida por la inmensidad del espacio. La nebulosa primitiva, desde luego, no era más que la materia universal llevada a su más alta temperatura y rarefacción, impalpable, extremadamente dilatada y puesta en movimiento por una causa y motor exterior que la impulsó, infundiendo en ella las leyes físicas que habían de producir más tarde la belleza y la armonía del universo. La teoría supone la existencia de la materia primitiva sobre cuyo origen la ciencia no puede abrir capítulo ni constatarla. Laplace, al formularla, dice expresamente que no encuentra en la materia misma el origen del movimiento ni el origen de los átomos que la componen, y preguntado por Napoleón por qué no admitía la hipótesis de un primer motor, esto es, la existencia de Dios creador de la materia, contestó que no necesitaba formular esa hipótesis para explicar su teoría, pues esta suponía ya existente la materia y el movimiento de los átomos constitutivos. Puesta en actividad esa nebulosa primitiva fueron saliendo de su seno los astros y los mundos y llenándose de seres el universo; el movimiento fué haciendo tomar a esas inmensas moles que se desprendían de la nebulosa, la forma esférica, ya que toda masa fluída puesta en movimiento por si misma tiende a tomar esta forma. Y así formáronse las constelaciones con sus astros principales y sus satélites, agrupaciones de masas que van sosteniéndose y manteniéndose en conexión y armonía por la ley de la gravitación y de la atracción universal.

El célebre Plateau, con su experimento del vaso de agua mezclada con alcohol y aceite, ha venido a probar en definitiva no solamente la formación de los astros sino también la forma y las relaciones y atracciones mútuas de los mismos.

Los seres terrestres formáronse también, como los celestes, de esa nebulosa, primero impalpable y dilatada y luego solidificada y apta para abrigar la vida y favorecer su desarrollo; las aguas se recogen en determinadas extensiones y la tierra apare-

ce distinta y vacía, conteniendo en sí los gérmenes de la vida que Dios colocara para poblarla.

La geología y la paleontología han constatado la historia del mundo viviente, haciéndonos conocer cuales han sido las diversas manifestaciones de la vida. Han buscado en las entrañas mismas de la tierra las capas geológicas y han encontrado en ellas dispuestos ordenadamente los documentos de la vida en los diversos períodos de su formación. Nos han hablado del período azóico, paleozóico, mesozóico y neozóico, para indicarnos que en el primero la vida era imposible, mientras que en los tres restantes ella aparece desarrollándose y perfeccionándose gradualmente. Y bien, estas experimentaciones y estas teorías ¿qué otra cosa son sino una confirmación de las afirmaciones bíblicas propuestas en el primer capítulo, o sea en el Génesis?

El naturalista sincero, como el cultivador científico amante de la verdad, al leer el Génesis no puede sino afirmar la inefable armonía que guarda con los progresos y las últimas conclusiones de las ciencias naturales. La narración bíblica, en su expresión más sencilla y precisa es, ni más ni menos, la actuación brillante de estas teorías que la ciencia ha llegado a establecer como conclusiones irrefutables. Moisés nos habla, después de habernos enseñado el acto creativo, del desarrollo y formación de los mundos: “En un principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era vacía y el espíritu de Dios dominaba sobre las aguas, fecundándolas”. Estas expresiones contienen algo misterioso. Indudablemente el inspirado autor quería significar que no hubo ni tierra ni agua sino el caos, el *tohu bohu*, equivale a decir, la materia cósmica primitiva, vacía, impalpable e indivisible, sobre la cual oyóse la voz divina que mandaba producirse la luz y la luz se hizo. ¿Era esta la nebulosa de Laplace, la que al decir de Meigno, hablando de la nebulosa mosaica “podía perfectamente encerrarse y ser llevada en una cartera de señora”? Indudablemente es esta la misma nebulosa que la ciencia nos predica hoy que formara en su tiempo el período atómico llevando en su se-

no los átomos disociados y sujetos a la ley física de la formación de los cuerpos.

He aquí como se expresa un ilustre escritor hablando de la armonía entre las afirmaciones científicas del presente y las enseñanzas de la Biblia: “El Génesis nos muestra en el primer día creada la luz, mientras en el cuarto nos habla de la formación de los astros, y la ciencia nos hace conocer la aparición de la luz antes de la formación de los astros, porque lo fluído nadando en el espacio no ha podido condensarse, combinarse químicamente, sin emitir inmediatamente la luz. El Génesis nos habla en el segundo día de la formación de la atmósfera y de la división de las aguas en superiores e inferiores y la ciencia nos dice que antes de la solidificación de la costra terrestre se formó alrededor de nuestro globo una atmósfera de gas y de vapor que acabó con pasar al estado líquido una parte mientras la otra con mezclarse con otros gases y subir para formar la atmósfera que cubre la tierra. El Génesis nos habla en el tercer día de la aparición de la tierra firme en medio de las aguas y la ciencia nos dice que después de la formación atmosférica sucedió la formación telúrica del globo y nos presenta la inmersión de los continentes en medio de las aguas, sea por efecto neptuniano o plutónico, o del fuego y del agua juntamente. El Génesis nos narra en el cuarto día la aparición del Sol, de la luna, y la Luna, nos enseña la ciencia, que siendo un anillo separado posteriormente de la masa terrestre no pudo pasar al estado sólido sino después de la solidificación de la tierra; así el Sol pasó más tarde que la tierra a su estado presente de condensación a causa de la superioridad del volumen de su masa y de las fuerzas mayores vibratorias y rotatorias que posee. El Génesis nos narra la aparición de la vida en el tercer día, con la aparición de los vegetales, y la ciencia nos muestra sólo en la época primaria la aparición de la vida, indicándonos haber pasado antes un largo período en el que la vida era imposible. El Génesis coloca la creación de las plantas antes de la formación del Sol y la ciencia nos hace ver la flora fó-

sil primitiva dotada de tales características que demuestra haberse desarrollado en un grado igual de calor en todas las zonas y compuesta de tejido celular en forma que no pudo ser desarrollado bajo la acción de los rayos solares. El Génesis nos dice que en el quinto día fueron creados los peces y los reptiles y en el sexto los mamíferos, la ciencia nos muestra un orden progresivo en la aparición de la vida animal: de los moluscos a los peces, de los peces a los anfibios, a las aves, a los mamíferos. El Génesis, por último, nos cuenta la creación del hombre como complemento de las obras de Dios y la ciencia nos declara es el último ser aparecido en el reino de la creación; posterior a las plantas y a los animales en la época cuaternaria.

He aquí la inefable armonía, la constatación más completa de la unidad de enseñanzas entre la Biblia y la ciencia. Tenemos pues derecho para decir a los que proclaman conflictos y oposiciones entre estas dos entidades que ellos ignoran o las apreciaciones y conclusiones experimentales de la ciencia o el alcance de las enseñanzas de la Biblia. Todo conflicto, viene diciéndose desde muy atrás, es producido por la ignorancia de los representantes de las ciencias naturales que quieren interpretar la Biblia o en los representantes de la Biblia que quieren explicar a su manera los descubrimientos de las ciencias naturales. En unos y otros puede haber exageración pero indudablemente más en aquellos que en estos.

Moisés, al ponernos toda la elaboración y formación del universo en seis días no ha querido indicarnos que esa evolución se haya realizado en el reducido espacio de seis días, entendiéndose por cada uno de estos la duración de veinte y cuatro horas, sino épocas indefinidas que bien pueden extenderse a la duración de siglos y siglos.

Es necesario insistir sobre la distinción entre *el origen del universo* y *la formación del universo*. Cada uno de estos dos términos tiene un significado distinto. El primero corresponde al acto creador propiamente dicho; mientras que el segundo a la

transformación de la materia inicial en virtud de las leyes establecidas por la suprema inteligencia. Que él constituye un artículo de fe que la ciencia no puede negar bajo ningún concepto, mientras que este forma el objeto mismo de las ciencias naturales; esto es, la determinación de las leyes que rigen la formación del universo.

La Biblia positiva y directamente nada nos propone sobre la formación del universo cuya exposición y desarrollo pertenecen a las ciencias naturales. La palabra sabiamente escrita por uno de los representantes del escolasticismo, San Buenaventura, resume la tradición unánime y la exégesis eclesiástica: “La generalidad de los intérpretes han visto en las palabras *in principio creavit Deus coelum et terram* la substancia de todas las cosas visibles; luego ella es una y es necesario concluir que los cuerpos celestes y los cuerpos terrestres han sido producidos *quantum ad esse* de una sola y misma materia”.

*
* *

“LA EVOLUCIÓN”

Otro punto importante que nos revela la uniformidad de enseñanzas entre las ciencias y la Biblia es sin duda el que se refiere al origen de las especies y entre estas el origen del hombre. Reducen la historia de la humanidad a una pura evolución animal, después de haber aplicado la ley de la transformación al origen del hombre.

El evolucionismo es sin duda el sistema más en boga en los tiempos modernos. Las ciencias naturales han traído en su confirmación casos y hechos que dicen comprobados, para concluir que el hombre no forma una especie aparte, sino que apenas es una transformación, una evolución de otra especie inferior. Des-

graciadamente los hechos comprobados no autorizan la conclusión de las ciencias, y ha sido necesario recurrir a la lógica, al *raciocinio* para llegar a élla. Y he aquí que hoy se afirma la evolución en lo que al hombre se refiere, razonando; esto es: en nombre del raciocinio y del discurso. Esto es sencillamente olvidar la noción y la objetividad de las ciencias experimentales, para invocarlas en una argumentación que ellas no comprueban ni patentizan integralmente.

En verdad ¿cuales son los argumentos aducidos por los hombres que se dicen representantes de las ciencias naturales para comprobar el origen del hombre por vía de transformación? Ellos pueden reducirse a tres. Primero: la evolución es general, dicen, luego también el hombre está comprendido en esta ley. Segundo: Que la historia, a medida que más se acerca al origen del hombre, lo encuentra más rudimentario y salvaje, esto es, más parecido al bruto; que su perfección y sus progresos orgánicos y morales son debidos al medio ambiente y a su constitución orgánica apropiadas al mayor desarrollo. Tercero: La semejanza existente entre el hombre y el bruto; la que encuentra tan idéntica hasta el punto de que Zola escribiera una obra con el título de la "Bestia Humana".

Con relación al primer argumento, notamos que no es exacta la afirmación; la evolución como principio no es una causa universal, no posee el cetro del mundo. Hay dos clases de evolución, la de la substancia y la de las cualidades y propiedades de la misma. Las substancias no evolucionan, no se mudan ni se transforman, ellas son fijas como los principios metafísicos, como los axiomas matemáticos y en esto se cifra la unidad y la identidad del ser, sin ella no habría ni especies determinadas, ni seres fijos, como no habría ciencias positivas, filosóficas ni matemáticas; apenas si habría confusión y desorden en los seres vivientes, imposibilidad para clasificarlos y definirlos científicamente. Contrariamente sucede con las cualidades y propiedades de la substancia. Ésta, siguiendo la ley de la perfectibilidad, del

progreso y del desarrollo progresivo, evoluciona, se transforma; tomando incremento siempre creciente, pasando de lo menos a lo más, de lo más a lo mejor, de lo mejor a lo perfecto; son los grados de la evolución, no de la substancia sino de las cualidades y de las propiedades de la misma. Es el niño, tabla rasa en su infancia, que crece y se desarrolla en sus facultades intelectuales y morales, embelleciendo el alma con ideas y sentimientos que lo convierten en sabio, en artista, en poeta... Como se desarrolla su organismo físico dejando de ser endeble para convertirse en fuerte y lozanamente robusto. Es la evolución que los autores llaman "evolución de hecho" y no aquella que llaman "de principios" la que se realiza en todos los seres como ley impuesta a todos los órdenes. Y he aquí porque la evolución de las especies es un absurdo, como es absurdo el origen transformista del hombre.

Cualquiera que sea la forma con que se pretenda explicar la evolución: el medio ambiente, la selección, la lucha por la vida, siempre tendrá que referirse a las propiedades del ser y de ninguna manera a la substancia.

* *
*

El segundo argumento no tiene mayor fuerza que el anterior. El progreso de la especie humana sin duda alguna que es relativo, y que a medida que nos acercamos más al origen, encontramos, relativamente a las condiciones actuales, pero no en si mismo, más atraso entre los hombres. Pero, no nos autoriza esto a decir que los hombres primitivos fueran salvajes, de condiciones parecidas a los del bruto inconsciente de sus actos, destituídos de razón. Por otra parte, la historia antigua nos habla de las grandes civilizaciones helénicas y romanas, asirias y egipcias, asiáticas y orientalistas, aquellas civilizaciones aún al presente ponderadas, seguramente no representan salvajismo, ni estado inculto,

solo comparable con la vida estacionaria de las bestias. La historia, que nos suministra todos estos conocimientos, nos dice que no es exacta la afirmación de los evolucionistas al consignar que a medida que más se acerca a su origen el hombre se nos presenta salvaje e inculto.

Cuál es la época del nacimiento del hombre? Nos es aún desconocido. No sabemos siquiera el período geológico de su aparición, ni el lugar que primeramente lo tuvo por habitante. Cualquiera, sin embargo, que haya sido la época de su nacimiento, podemos afirmar que si se ha lanzado por las vías del progreso desde el principio, ha sido eminentemente progresista, ha seguido la ley de la perfectibilidad, esto es: la ley de la evolución en lo pertinente al desarrollo de sus facultades y sus potencias, indudablemente que el tipo físico del hombre actual no es igual al del hombre primitivo, ni tampoco en sus ideas sociales y morales son semejante. Las comodidades de la existencia, el respeto por la vida, las instituciones religiosas, los conocimientos intelectuales, las relaciones entre hombre y razas, todas estas son causales de la diversidad existente entre los hombres de las diversas épocas de la historia.

La tercera razón aducida por el transformismo no es menos viciosa que las expuestas.

Si, es verdad, dase semejanza entre el hombre y el bruto, pero esta semejanza no es la que se predica por los partidarios de la evolución, que quieren quitar al hombre el privilegio de formar una categoría y una familia distinta de los demás seres. Hay semejanzas puesto que el hombre es un animal racional, vale decir, compuesto de dos substancias: la una que lo asemeja a los brutos, la otra que lo levanta sobre ellos y lo asemeja a los ángeles. De aquí que haya nacido una doble ciencia para estudiar al hombre en el misterio de sus actos psíquicos y el de sus funciones físicas: la psicología y la zoología. Esta lo estudia en su constitución física, en sus funciones orgánicas, y pudo y debió encontrarlo por consiguiente parecido y semejante a los brutos.

de los que no se distingue sino por la forma y la estructura exterior; aquella, estudia la parte noble, la parte espiritual, que se oculta detrás de los miembros materiales del cuerpo y obra mediante estos mismos órganos que acusan la existencia del espíritu. La psicología no puede ser positivista, entendiéndolo en el sentido de ser ella una ciencia de hechos materiales y de funciones sensitivas; ella es eminentemente espiritualista, porque estudia un ser espiritual; un ser espiritual simple, sin composición de partes, y, por consiguiente, inmortal, ya que la muerte sólo se da a los cuerpos compuestos de materia, pues que apenas si ella es la disociación de los elementos componentes de la materia.

Yo omito las características distintivas entre el hombre y el bruto, que son el lenguaje, los sentimientos, la religiosidad y la ciencia; y solo quiero indicar la diferencia histórica fundamental que, naciendo de un principio distinto va produciendo distintos efectos en el hombre y en el animal.

El progreso! es grande y noble el progreso; nos entusiasma, y aplaudimos su aparición y le rendimos culto, porque él es la manifestación grandiosa de nuestro espíritu; es la voz de las potencias de nuestras almas que no se satisfacen y siempre piden más; es el Excelsior del poeta, el *fac mihi spatium*, alárguense los horizontes para subir más alto a la conquista de la civilización y del pensamiento, al dominio siempre creciente de las ciencias, del arte y de las letras; este es, el progreso, que se adelanta para decirnos que no es exacta la semejanza entre el hombre y el bruto. El bruto queda estacionario; no conoce más ley que la del instinto, siempre constante y uniforme; él no aspira, por consiguiente, a lo más y a lo mejor, encuéntrase siempre satisfecho y lleno con la satisfacción material de sus instintos.

He aquí como el progreso al hablarnos de sus conquistas en el hombre coloca a este en una esfera distinta, en una familia esencialmente diversa de la familia de los animales. El estudio, la aplicación y el trabajo no son cualidades adquiridas, no son

modos de ser en el hombre; son, sí, empleos que nacen del fondo de su misma naturaleza y lo llevan a la actuación de sus potencias en todas esas manifestaciones de la vida racional e inteligente. Es necesario sacrificar estímulos y anhelos naturales, pasiones e ideales ingénitos del espíritu para cohonestar la ociosidad y la ignorancia, la incultura y el atraso en el hombre.

A la par de estas diferencias psicológicas, podríamos aducir las muchas diferencias orgánicas entre ambos. Siguiendo a Quatrefages podríamos constatar que la disposición y la configuración orgánica del hombre son naturalmente opuestas a las de los animales. Pero, no tenemos por el momento porque ahondar más el argumento para rechazar las afirmaciones del transformismo ya que esta teoría es una teoría fracasada, olvidada ya en el campo de las ciencias experimentales: y esta afirmación no es mía, tampoco sale de nuestra escuela; ella está formulada por uno de los enemigos de la Biblia, por uno de los ateos más célebres de nuestro tiempo, por Le Dantec, quien ha escrito una obra con el propósito de demostrar que el transformismo propuesto por Lamarck y Darwin es una teoría que la ciencia no admite, que ha hecho crisis, porque la experimentación le ha negado sus comprobaciones. Es noble esta obra, cuyo título "Crisis del transformismo" indica a su fórmula general el contenido y la finalidad que se propone, que es, ni más ni menos, la comprobación de las afirmaciones de la Biblia, aunque él lo proteste y lo niegue, al decirnos que el hombre es un ser privilegiado, que no debe confundirse con el común de los brutos en su origen, que Dios lo formara como un acto amoroso de su omnipotencia. Tales son en resumen las enseñanzas de la Biblia y las afirmaciones de las ciencias.

Qué valor pueden tener los clamores de los que se dicen representantes de las ciencias naturales al declarar la oposición y el estado de conflicto entre ambas? Indudablemente, ellos no hablan en nombre de las ciencias naturales, ellos son llevados por prejuicios, inducidos por ideas preconcebidas. Las ciencias natu-

rales nada dicen en contra de la Biblia; por el contrario, ellas son dos entidades que se complementan, se perfeccionan mutuamente, siendo las afirmaciones de la una como tesis y las conclusiones de la otra como comprobaciones fehacientes de esa tesis. Por otra parte, quienes son los que niegan la veracidad de las afirmaciones de la Biblia? Cómo es triste contemplar el movimiento del mundo moderno en orden a las ideas religiosas. Son los alumnos de los institutos de educación, vale decir, los estudiantes que aún no han tenido tiempo de completar su bagaje científico profesional, los que se encuentran empeñados en la lucha por la adquisición de los conocimientos propios a la carrera que aspiran. Estos no son autoridad, no pueden tener la necesaria preparación para afirmar divergencias y conflictos entre la Biblia y las ciencias. Son comerciantes e industriales, pero los comerciantes y los industriales no forman voto en este particular. Son los políticos, los legisladores, pero nada tiene que ver la política ni el parlamento con las altas disquisiciones científicas y con la exégesis bíblica para poder afirmar oposición entre ambas. Son los hombres despreocupados de las ciencias y empeñados en las luchas por la vida los que están llamados a proclamar esta divergencia? Indudablemente que no; puesto que se necesita preparación, ilustración, para entrar a discutir en el campo tan lleno de dificultades como es el campo científico-bíblico. Son los representantes verdaderos de las ciencias los que impugnan la Biblia? No. Los representantes de las ciencias no impugnan la Biblia; ellos proclaman la verdad de sus afirmaciones; ellos dicen que si algún hecho se presenta aparentemente opuesto a las enseñanzas bíblicas, este hecho, o no está bien constatado o no está perfecta y completamente observado con relación a otros hechos y a otros experimentos. Estos hombres afirman en todos los tonos que la ciencia no puede, y de hecho no ha contradicho a la Biblia en ninguna de sus enseñanzas; y cuando hago estas afirmaciones no invento; sencillamente evoco el recuerdo de aquella asamblea memorable de sabios reunida en Londres en 1864, en la que después de ha-

berse discutido ampliamente el tema de la concordancia entre la ciencia y la Biblia, firmóse por la asamblea, compuesta por 210 sabios naturalistas, paleontólogos, geólogos, físicos y químicos, el acta con que anunciaba al mundo que ellos, representantes de las ciencias naturales, declaraban no encontrar oposición entre estas y las afirmaciones de la Biblia.

El documento dice:

“Nos parece imposible que la palabra de Dios, escrita en el libro de la Naturaleza, y la enseñada en la Santa Escritura, se contradigan realmente la una a la otra, aunque al parecer puedan presentar algunas diferencias. Las ciencias físicas no están completas, sino solamente en vía de progreso; al presente, nuestra limitada razón no nos permite ver, sino obscuramente y como a través de un cristal. Más vendrá tiempo en que se verán concordar ambo stestimonios en todos sus pormenores. Así no podemos menos que deplorar que muchas gentes que no han estudiado las ciencias anturales las miren con desconfianza, sólo porque algunos mal aconsejados quieren ponerlas en oposición con la Sagrada Escritura. El deber de todo hombre que estudia las ciencias es llevar adelante la investigación de la Naturaleza con el único fin de aclarar la verdad, y que en el caso de parecerle que algunos de los resultados obtenidos están en contradicción con la palabra escrita, o más bien con la interpretación que él le da, la cual puede ser errónea, no vaya a afirmar presuntuosamente que tienen que ser justas sus conclusiones y falsas las afirmaciones de la Escritura, sino más bien dejarlas a cada una en su lugar hasta que plazca a Dios de manifestarnos la manera de poder conciliarlas entre sí”.

Tras estas declaraciones crearonse “*sociedades científicas concordistas*”, con el objeto directo de constatar la unión entre las ciencias naturales y la Biblia y decalrar que los genios más vigoroso de la época no están abanderados en el ciego materialismo.

Formadas por hombres eminentes, mencionamos, entre las muchas existentes, la “*Asociación científica*”, de Brusela, y la

“*Sociedad de Göerres*”, de Alemania, compuestas de eminentes naturalistas, físicos, químicos, filósofos, historiadores y profesores, que han venido explicando en el sentido concordista todas las conquistas científicas del presente.

Ahora, jóvenes amigos, solo me queda animar vuestro entusiasmo por la ciencia, por la noble tarea del estudio: llenad de conocimientos sólidos vuestras mentes, atesorad en el arca del espíritu los tesoros de la ciencia y os sentireis cerca de Dios, animados con su espíritu; probareis como es verdad que “la mucha ciencia nos lleva a Dios mientras que la poca ciencia nos aleja”.

Despojaos de prejuicios en la investigación, y la investigación os entregará la verdad, os hará palpar la grandiosa, la eterna e inalterable armonía entre la Biblia y las ciencias naturales, entre la fe y la razón.

FR. JOSE M. LIQUENO
